

De la Sociología precaria y clandestina a la Sociología crítica y transformadora *

Clara Guilló
Folia Consultores

I. INTRODUCCIÓN: RASGOS DIFERENCIALES INTRA-GENERACIONALES

Mi intención no es hablar de mí en este apartado, sino explicar los motivos que me empujaron a iniciar una serie de entrevistas a lo largo del año 2005 con diferentes colegas entre 28 y 38 años, que trabajan en la Administración, en la Universidad, en Institutos de investigación, en Organizaciones No Gubernamentales y en empresas privadas, para buscar elementos de reflexión comunes sobre lo que supone «la Sociología» para nosotros y nosotras como generación de profesionales del siglo XXI.

Cuando me propusieron participar en el acto del 25 Aniversario de la Federación Española de Sociología, «en representación» de las jóvenes generaciones, el primer impulso inmediato fue pensarme en clave de representatividad. Cumplía los criterios establecidos para la elección: «ser mujer» y «no trabajar actualmente en el ámbito de la universidad», pero ¿y otros criterios generacionales? Aquí encuentro dos elementos de lejanía sobre los que considero necesario detenerme: la pasión, y el desarrollo inicial dentro del mercado de trabajo.

Tengo menos de 30 años, soy socióloga por pasión y convicción, y esto de partida ya es un elemento poco frecuente entre quienes nos hemos licenciado. Durante la licenciatura, sobre todo en los primeros años, un tema recurrente era la vocación y la intención o el deseo de completar la carrera en la que nos matriculamos. En la Universidad Complutense de Madrid en el curso 1995-1996, comen-

* Gracias, por su pensamiento sociológico y el préstamo de sus palabras a: Alberto Riesco (apasionado), Paloma Santiago (apasionada), Sylvia García y María Asensio (conversas-devotas)... y al resto que me prestó su tiempo. Por su confianza, empuje y cariño, a Carlos Pereda, Miguel Ángel Prada, Pepa Franco y Rocío Rodríguez, (apasionados/as titulados y no tituladas en Sociología). Por su amabilidad y consideración a Manuel Pérez-Yruela y Capitolina Díaz de la FES (defensor y defensora). Por su ejemplo, por romper barreras, por mostrarnos y demostrarnos otras formas de hacer sociologías, gracias a las mujeres sociólogas de la generación anterior (apasionadas transmisoras de pasión sociológica).

zamos los estudios de Sociología aproximadamente tres grupos de mañana de unas 110 personas por grupo, más dos grupos de tarde menos numerosos, creo recordar que de unas 60 personas por grupo. En todos los casos la mayoría mujeres. Es decir, éramos aproximadamente 470 proto-sociólogas/os que, a lo largo de los tres primeros años nos situaríamos de un determinado modo ante nuestra disciplina. La pregunta estrella del profesorado era, «¿y cuántos de vosotros habéis elegido sociología como primera o segunda opción?». La reacción que provocábamos era un movimiento de cabeza oscilante, entre la pesadumbre y la negación, usualmente acompañado de un discurso sobre la masificación de la universidad. Sobre la respuesta que originaba esta reacción, sí que tengo comprobada su representatividad: levantábamos la mano unas diez personas. Es decir, la Sociología continuaba iniciándose con un peso mayoritario de infiltradas/os.

En unos pocos casos, como el mío, en estos tres primeros años de estudio reforzamos nuestra pasión sociológica, en otros pocos, la sociología acabaría apasionando a quienes en realidad hubieran deseado estudiar psicología o periodismo, —estos son conversas/os con mayor o menor grado de devoción; el resto son desertoras/es, cambiaron de carrera tan pronto como pudieron, y un pequeño grupo se declaró insumiso del sistema educativo superior y abandonaron la universidad. En cualquier caso, teníamos en común el total desencanto con el medio universitario y una profunda desazón respecto al mercado de trabajo.

Cinco años después, el cambio de milenio nos catapultó del mercado universitario al mercado de trabajo. Para entonces a muchas y a muchos la pasión sociológica se les había convertido en cariño, convencidos de que «con esto no vamos a ningún lado».

Aunque los inicios han sido costosos (como para cualquiera en cualquier profesión), he podido tener un recorrido precoz y diverso. Hasta me permití el lujo de rechazar un puesto en un instituto universitario de investigación por considerarlo entonces demasiado alejado de la práctica viva de la Sociología, prefiriendo escoger un puesto en el ámbito privado, más oculto al reconocimiento pero más abierto a la satisfacción personal y a la transformación social (creo). Comparto muchas características de precariedad y abuso en el trazado de mi trayectoria, pero como esto es un punto que sí tenemos en común como generación ha de esperar al siguiente epígrafe. Creo que lo que nos diferencia a quienes nos «asentamos» rápidamente en el mercado sociológico se basa en dos hechos. El primero es la rápida comprensión de un concepto entonces incipiente: «capital social». Y por tanto entender su movilización. El segundo hecho, es una ventaja pasional que provoca adquirir la mirada sociológica antes o en el inicio de los últimos años de carrera. Esto supone comenzar a ser socióloga. En mi caso, el primer análisis sociológico y el primer experimento de intervención social, fueron para conmigo misma: sobre mi posición respecto al mercado profesional, sus factores de influencia, funcionamiento, proyecciones de empleo, etc.

En general, de uno u otro modo, el grueso de los compañeros y compañeras que decidimos acabar Sociología y luchamos por mantener la relación de pasión

con ella, somos supervivientes. No en vano, soportamos con angustia la broma más común que circulaba en la universidad en cuarto y quinto año de carrera: «¿qué le dice un sociólogo que no trabaja, a uno que trabaja?: una hamburguesa doble».

Hay que tener en cuenta que el arranque generacional es (1977) el final del *baby boom*, somos o las hermanas pequeñas o las primeras y únicas hijas del inicio de la sequía demográfica. Durante nuestra formación escolar y de bachillerato hemos padecido la estigmatización de la formación profesional como vía de acceso al mercado de trabajo, la masificación de la universidad, y el desempleo puntual o constante de familiares cercanos con o sin licenciatura. Por todas estas causas (y otras), no parecía aceptable el que consideráramos otras opciones que no fuesen ir a la universidad como vía de acceso específica al mercado de trabajo. Preferentemente para ejercer como profesionales de los estudios finalizados. Este hecho marca inevitablemente la perspectiva mercantil de nuestra generación, tanto como mano de obra como a la hora de hablar de producción de conocimiento, y por tanto determina el enfoque de este artículo.

II. ¿QUÉ TENEMOS EN COMÚN LAS Y LOS JÓVENES PROFESIONALES SOBRE EL FUTURO DE LA SOCIOLOGÍA? RASGOS COMUNES DE NUESTRA GENERACIÓN DE PROFESIONALES

En mi opinión, los y las jóvenes que estamos ejerciendo la profesión de sociólogos/as, independientemente de nuestra especialización, o desde dónde estemos trabajando, tenemos unos rasgos generacionales en común. Mis encuentros y entrevistas con colegas sobre el futuro de la Sociología, no parten de que ellos y ellas tuvieran una conciencia activa respecto a todos, pero sí creo que son compartidos. Estos rasgos son: 1. Falta de visión integral sobre el ejercicio profesional de la sociología; 2. Una situación de partida común en la praxis de la profesión: sobre la demanda explícita de profesionales, sobre la diversidad en el ejercicio profesional y sobre la precariedad que nos afecta en cualquier medio; 3. Tener demandas comunes de un desarrollo ético del conocimiento sociológico, de su acceso y de su uso. En los siguientes apartados exploro cada uno de estos puntos en mayor profundidad.

I.1. *La falta de visión integral sobre el ejercicio profesional*

Es difícil encontrar a jóvenes profesionales que tengan una visión global del ejercicio de la profesión de sociólogo/a, de las posibilidades de aplicación de la propia Sociología, de los ámbitos de los que puede partir, y de las implicaciones que tiene el conocimiento sociológico.

En mi opinión, las posibles causas (interrelacionadas) de esta miopía profesional son fundamentalmente tres: 1. La formación universitaria recibida; 2. La no-

orientación sobre la *praxis* de la sociología y el mercado laboral existente; 3. La herencia de la discusión entre el ejercicio académico y el técnico.

En cuanto al primer punto, *la formación universitaria recibida*, su primera característica es que tuvo lugar (sobre todo desde mediados de los noventa) en un periodo de cambios de planes de estudio. Pese a estos, pensamos de modo unísono que los planes eran largos (3.240 horas/5 años), la mayoría del profesorado no entendía que en un cuatrimestre no se puede condensar una asignatura anual *de los viejos tiempos*. Planes que eran repetitivos en su enfoque y contenido; mal coordinados entre departamentos; con una muy importante escasez de actualidad e innovación en las asignaturas y en las técnicas docentes. Además, quienes nos licenciamos en el cambio de milenio disfrutamos de poder escoger «itinerarios» de especialización no obligatorios, y tampoco necesariamente reconocidos. Incluso las estancias en el extranjero, no en vano somos también la «generación Erasmus», eran penalizadas con un menor reconocimiento de créditos y de cualificación obtenida, lo que al final te afectaba negativamente en la nota del expediente académico. De todos modos, esta experiencia estudiantil, que en el fondo servía para precisamente abrir el campo de visión, se veía afectada por un escaso número de plazas. El hecho de que quedasen destinos vacantes o cuyo cupo era difícil de cubrir, no se debía tanto al poco interés del alumnado en salir, como a la cuantía de la beca (en el año 1998, 120,20 € al mes era una cantidad tan mísera como hoy), y a un destino universitario en centros con una oferta poco innovadora y poco especializada.

Por otro lado, siguiendo con la formación recibida, hay una opinión unánime en el sesgo androcéntrico y sexista de la formación que hemos recibido. Tanto en la elección del tipo y transmisión del conocimiento, como en las formas de producción del conocimiento. Resulta simplemente increíble que haya profesionales que no *entiendan* las implicaciones de la división sexual del trabajo, las relaciones de género, y que el contrato sexual precede al contrato social. Existe una falta permanente de perspectiva de género en todas las ciencias sociales, pero que esto ocurra en la Sociología del siglo XXI es eso, increíble.

Respecto a esto, aprovecho para señalar que reivindicamos otras formas de aprender Sociología, y otras formas de ejercer las Sociologías. En este sentido es de agradecer que existan docentes y pioneras/os que en sus clases nos ofrecieron otras formas de hacer ciencia y de ser sociólogos/os. Lo cual tiene que ver con el último punto asociado a la formación, que es el hecho de que en la licenciatura el enfoque de la Sociología como disciplina para la intervención social está prácticamente ausente.

La Sociología aplicada a la intervención social da lugar a profesionales con al menos dos ventajas comparativas: la mirada especializada pero al mismo tiempo global e interrelacional sobre los fenómenos sociales; y sus propios componentes interdisciplinarios y de análisis. Lamentablemente esto sigue siendo bastante desconocido.

La segunda causa respecto a la falta de visión integral es que estudiantes y jóvenes profesionales tenemos una «*no-orientación*» sobre la *praxis* y el mercado de trabajo sociológico. En principio habría al menos dos motivos. El primero se rela-

ciona con lo dicho anteriormente, la formación. Desde la formación universitaria y de postgrado, hay una contraposición constante entre *los temas* de la Sociología frente a *las técnicas* de la Sociología. De hecho se diferencian claramente (por lo menos en nuestros planes de estudio) las asignaturas de «Técnicas de investigación»¹ del resto.

Esta falsa separación genera paradojas tan interesantes como un montón de *especialistas* en migraciones que ignoran por completo cómo armar una encuesta sobre xenofobia y racismo, o *especialistas* en ecología humana y población que no saben hacer proyecciones porque la asignatura de Técnicas de análisis demográfico era una optativa, o lo mejor de todo, una generación de profesionales que no saben plantear una investigación, y que en general acaban por recurrir a cursos de postgrado caros pero efectivos, que les enseñan algo que ya deberían saber después de cinco años, y que suelen denominarse «Curso de *Praxis* de la Sociología de X»; o lo peor de todo, se lanzan con sus deficiencias directamente a la *praxis*, lo que produce unos productos sociológicos de una calidad pésima, lo que afecta a todo el conjunto de *la profesión*. En cualquier caso, esta división no favorece una visión más integral sobre las posibilidades de ejercicio profesional.

El segundo motivo es la ausencia de procedimientos de orientación y de análisis del propio mercado de trabajo de la Sociología. Esto señala otra vez a la Universidad, pero también a las instituciones profesionales (colegios, asociaciones, etc.) que tienen una falta de visión estratégica en sus *servicios*. En los que prima el tratamiento de la socióloga/o como «cliente» y su colocación en un puesto de trabajo, y no tanto utilizar *los servicios* como un instrumento de presencia, si se quiere corporativo, y de alianza con otras ciencias sociales. Instrumento cuyos objetivos sean visibilizarnos como profesionales, difundir nuestra ciencia, divulgar el conocimiento sociológico, fomentar la reflexión social sobre temas clave para nuestra sociedad, y plantear criterios éticos y códigos deontológicos en su ejercicio. En vez de eso, lo que experimentamos los y las jóvenes es que se han constituido feudos cuasi-personales y convenios de trabajo sobre temas políticamente convenientes, pero no socialmente estratégicos. Temas que en cualquier caso no favorecen una mayor preferencia —cuantitativa— por nosotros y nosotras como mano de obra científica y técnica.

Finalmente, contribuye a la miopía profesional la herencia que nos ha dejado la generación anterior y que no está superada. *La herencia del siglo pasado sobre la Sociología académica y la «s»ociología de Mercado*.

Con frecuencia, vemos cómo a nuevos-viejos problemas sociales les surgen *soluciones* profesionales y respuestas intelectuales desde la Economía, el Trabajo Social, la Psicología, la Historia, las Ciencias educacionales... Respuestas desde cam-

¹ Empezábamos como obligatorias con Estadística, y le seguían (¡en cuarto de carrera!) Técnicas de investigación y análisis cualitativas; Técnicas de investigación y análisis cuantitativas. Para mi *itinerario* había además como optativas Técnicas de análisis demográfico y Técnicas avanzadas de análisis demográfico.

pos donde nosotras y nosotros deberíamos estar trabajando con una presencia activa, pero ni siquiera *somos* conscientes que existen. Me resultaba, y me resulta sorprendente, el gran número de alumnos y alumnas (¡y profesionales!) que todavía en quinto año de carrera no sabían o saben las posibilidades de trabajo real que tienen. Hay numerosos campos de conocimiento y de intervención que se viven como una renuncia al trabajo sociológico, en vez de cómo una especialización en el ejercicio de la Sociología. Por ejemplo, esto ocurre respecto al trabajo como agentes altamente cualificados/as: de igualdad de oportunidades entre mujeres y hombres, de desarrollo local, de cooperación al desarrollo, de consultoría a organizaciones, de planificación estratégica, etc. La pregunta es ¿se viven estas y estos profesionales jóvenes como sociólogas y sociólogos? La respuesta es mayoritariamente no.

Se viven como «técnicos/as», y son «acusados/as» de serlo. Como si por culpa del hechizo del mercado de trabajo perdiesen todas sus propiedades sociológicas.

Como jóvenes, hemos iniciado nuestra andadura sin ejemplos de alianzas (no hasta muy recientemente) entre estos dos ámbitos (Academia/Mercado), y en general hemos percibido dos tipos de mensajes enfrentados sobre el uno y el otro.

De este modo, a la Academia le acompaña una visión de «sociólogos de sillón; desconexión total entre teoría y praxis; enfoques desactualizados; estudios poco significativos sobre «necesidades» o «fenómenos» actuales». Y esto dejando a parte las condiciones *laborales* del personal joven investigador. Por su parte, fuera de la Academia se encontrarían la Administración y sus centros públicos de investigación, «que está manipulada políticamente», y las empresas, que vendrían a ser «mercaderes que evacuan la reflexividad de la producción de datos; ejemplos de empirismo vergonzante; legitimación sociológica de políticas públicas y privadas; procedimientos de objetos plebeyos y de “consumo de masas”». Esto por mencionar algunas expresiones que pueden encontrarse en la literatura actual sobre la reflexión del *oficio de sociólogo*, y que también han surgido en las entrevistas que he llevado a cabo.

Evidentemente esta división no describe correctamente la realidad, entre otras razones porque hoy en día se pueden aplicar las mismas críticas que padece el Mercado a la Academia. El mercado de la producción de conocimiento social es ciertamente muy competitivo.

Esta división tiene al menos cuatro efectos negativos que nos afectan directamente: 1. Invisibiliza y tergiversa; 2. Divide la Sociología en científica y no científica... *de nuevo*; 3. Invisibiliza nuevos actores en la producción de conocimiento sociológico: nos convierte en clandestinos; 4. oculta la cuestión de fondo, que es un debate sobre el sentido epistemológico, los criterios de calidad, y el «nervio» ético en la *praxis* de la Sociología se haga desde donde se haga.

Nuestro *oficio* implica diversidad: Universidad e institutos universitarios, organismos públicos y administración, instituciones «intermedias o híbridas» (observatorios y fundaciones), empresas privadas: (cooperativas, SL, SA), organizaciones no gubernamentales, movimientos sociales, y hasta centros de estudio militares y

de defensa... Por cierto que el enfoque de estos últimos nos preocupa profundamente, así como la falta de perspectiva crítica en la *nueva* temática militar, de *defensa* y belicista, que han surgido como ámbitos en nuestra disciplina.

La mayoría de los nuevos actores son dinámicos e innovadores, y producen un conocimiento riguroso, significativo y divulgativo que favorece niveles más inmediatos de reflexividad. Algunos adquieren una posición dual en el proceso porque permanecen como actores: van a realizar una intervención directa en la realidad social. Incluso, actúan (a veces) en cooperación con los otros «productores»: se alían.

Aunque sean ejemplos minoritarios, existen alianzas ejemplares entre empresa y universidad, y empresa y centro público de investigación (CIS, CES...), a pesar de lo cual se insiste en ocultar de modo constante la participación de las empresas y jóvenes autónomos/as en las subcontrataciones que realizan en «sus» investigaciones. Además, los observatorios han surgido como interesantes experiencias que tratan de superar algunos complejos de ambos bandos, las Organizaciones No Gubernamentales (ONG) y las fundaciones son productores y actores de la Sociología de primer orden, incluso los movimientos sociales plantean retos a esta división. En cualquier caso, quienes nos movemos en casi todos estos ámbitos *alternativos/complementarios* a la Academia estamos marginados de la mayoría de los ámbitos de difusión e intercambio. Nos afecta a la hora de querer visibilizar nuestro trabajo, cuando queremos publicar, presentarnos a un congreso, asesorar en un órgano de toma de decisiones, etc. A esto se le suma que somos en la mayoría jóvenes, y esto nos afecta más respecto a la generación anterior, que es fundamentalmente academicista en su trayectoria profesional. Por ejemplo, todavía hoy no se reconoce la categoría profesional de «sociólogo/a» en la Administración (como cuerpo profesional).

En conclusión, si la Sociología no legitima su diversidad, invisibiliza a actores clave, los (nos) convierte en clandestinos. Por tanto, tenemos como reto una serie de cuestiones: ¿de qué forma pueden «re-conocer/nos» en la *praxis* de la Sociología? ¿Pueden existir más ámbitos de intercambio entre «productores»? Y ¿qué fórmulas de colaboración son las más satisfactorias? Desde luego faltan más publicaciones abiertas a esta óptica y espacios no académicos de intercambio.

III. UNA SITUACIÓN DE PARTIDA COMÚN EN LA *PRAXIS* DE LA PROFESIÓN: SOBRE LA DEMANDA EXPLÍCITA DE PROFESIONALES, SOBRE LA DIVERSIDAD EN EL EJERCICIO PROFESIONAL Y SOBRE LA PRECARIEDAD QUE NOS AFECTA EN CUALQUIER ÁMBITO

Nos enfrentamos a un desconocimiento interno y externo de la propia Sociología, y en general a una falta de reconocimiento de las ciencias sociales, lo que conlleva escasa demanda explícita y poca remuneración.

Como ya he avanzado en otro momento, uno de los puntos de partida que nos une es el tratar de ejercer profesionalmente nuestros estudios dentro del merca-

do de trabajo. Dada nuestra preparación, nos dirigimos normalmente a dos submercados interrelacionados: el de la producción de conocimiento social, y el de la intervención social. En ninguno de ellos hay una demanda fuerte de sociólogos y sociólogas y en ambos competimos con otras ciencias sociales.

Además, experimentamos en la actualidad una situación contradictoria. Por un lado hay una demanda de acceso al conocimiento sociológico. Demanda que tiene que ver con la *popularización de la sociología*, que no de los/as sociólogos/as. Hay un requerimiento de nuestra sociedad y de sus instituciones de conocer y de explicar, de justificar y de avalar, de diagnosticar, de evaluar, de proyectar y también, cada vez con más frecuencia, de prever *cuestiones* sociales. Entiendo el *conocimiento preventivo* como aquel que se dirige a fenómenos que se perciben como un riesgo para el bienestar social deseable: la exclusión, la desigualdad, la injusticia social, la cohesión social, etc. Por otro lado, y de forma paralela, hay una pérdida de terreno académico de la Sociología. Han surgido nuevas disciplinas que se «adscriben» a otras ciencias sociales, (por ejemplo, las ciencias del trabajo). Esto supone una pérdida directa de puestos de trabajo, bien porque no tenemos presencia como profesorado, bien porque se generan figuras profesionales en clara competencia con las nuestras. Además, hay una desaparición paulatina de la asignatura de Sociología en otras carreras universitarias, y en general está pasando de «obligatoria» a «optativa». Todo ello con una más que considerable indolencia de las instituciones profesionales y académicas *gestionadas* por una generación obviamente ya situada.

Lo cierto es que la diversidad de campos de acción que tiene nuestra generación es muy superior a la anterior. Pero la ocupación de estos puestos de trabajo no hace que se nos visibilice como sociólogos y sociólogas, sino que por las razones antes explicadas, parece que la diversidad nos dispersa. ¿Dónde situamos entonces el debate de la diversidad?

La cuestión de la diversidad ¿realmente sólo se circunscribe al debate heredado sobre las perversiones del mercado? O a la clásica deliberación sobre si «¿podemos realmente cubrir las demandas que se nos hacen desde una práctica ética o generamos aparatos pretenciosos para unos resultados pobres y una escasa capacidad de intervención?». Nosotras y nosotros pensamos que hay que abrir el debate de una vez por todas y cuestionarnos que esto va más allá del «desde dónde se produce el conocimiento» y del «cientifismo».

Dado que prácticamente desde cualquier ámbito los y las profesionales de la Sociología somos productores de conocimiento sociológico... ¿se puede efectivamente diferenciar por «tipo» de productor, respecto la situación empírica de producción y tratamiento de datos? Pensamos que la precariedad y la falta de ética afecta a todos ellos. Creemos que tenemos que trascender de «quién es el productor de conocimiento» que en el fondo esconde en parte el tema de la competencia (desleal) por recursos y por los huecos *libres* del mercado.

Discutamos entonces sobre qué conocimiento se está produciendo, cómo y en qué condiciones, y para quién o para qué, y qué se hace con el producto intelectual.

Para nuestra generación, el hilo conductor en este debate es el de la precariedad. Las condiciones de entrada al mercado de trabajo sociológico que hemos/estamos padeciendo son las siguientes: pagar cursos de postgrado que incluye pagar por hacer prácticas, trabajo gratis encubierto de voluntariado en las ONG que muchas veces son empresas encubiertas, trabajo en prácticas de 40 horas semanales remuneradas como si fuesen 10, becas que no cotizan a la Seguridad Social de pago impuntual, y chantaje (trabajo gratis a cambio de reconocer tu nombre en la publicación o difusión del trabajo).

En cuanto a otras condiciones laborales y de permanencia, compartimos también algunos rasgos: sobrecarga (pluriempleo) debido a la baja remuneración y a la temporalidad de las contrataciones (por cortos intervalos de tiempo, inestables); participación en ámbitos no estratégicos de las investigaciones, ni en la definición de los trabajos; escasa promoción, escaso reconocimiento; y en el caso de becarias/os, el hecho de que han de serlo más allá de los 35 años, entre cuyas responsabilidades laborales se incluye dedicarse a las necesidades de apoyo de la catedrática/o de turno, o jefa/e de departamento, independientemente del proyecto por el que objetivamente fueron contratadas/os. Y finalmente, una falta de control sobre el uso del producto final que a veces nos plantea problemas éticos.

Así pues, también tenemos una situación de partida común sobre la precariedad en todos los ámbitos profesionales. Y esto nos conduce directamente a reflexionar sobre lo siguiente: si las condiciones de producción del conocimiento sociológico son precarias ¿el conocimiento producido es precario? Nuestra respuesta es sí, y no sólo eso, afirmamos que la precariedad y la falta de calidad en un momento del proceso de producción intelectual afecta al producto sociológico en su totalidad. En tal caso, si el conocimiento producido es precario, cuando este «pasa» a la sociedad ¿a qué tipo de reflexividad está dando lugar?; y en conclusión, ¿qué consecuencias puede estar teniendo en la modificación de la realidad que tratamos de captar?

La realidad es que nos encontramos con «sujetos-objeto de estudio» que en alguna ocasión nos dicen abiertamente que no confían en nosotros como científicos, que no reflejamos *su realidad*, personas que se auto-designan en una categoría y nos exigen que la respetemos (personas *afectadas* por la exclusión, *trabajadoras del sexo*, personas con *diversidad funcional*, etc.), personas que nos dicen que o nos equivocamos o mentimos en *nuestras encuestas*, que nos preguntan abiertamente *cuál es nuestra intención y para qué nos dirigimos a ellos y ellas*. *Sujetos* cada vez menos *objeto*, que reivindican su participación, y que quieren saber *qué es lo que se va a hacer* con la información que se obtiene, y que además quieren tener acceso a ella.

Algunas cuestiones ya han sido debatidas dentro de nuestra profesión, pero otras no. Preguntas que en cualquier caso son de difícil respuesta cuando estamos en los márgenes de los trabajos y no podemos participar de todo el proceso, ni se nos permite muchas veces discutirlo. Lo que es precario en si mismo porque empobrece nuestra aportación generacional.

En cualquier caso, el debate sobre la diversidad, el debate sobre la situación del mercado de producción de conocimiento, y el debate sobre la precariedad real en la que a veces se está trabajando, son finalmente demandas comunes sobre un desarrollo ético del conocimiento sociológico, de su acceso y de su uso. Este tema se convierte por tanto en la conclusión de este artículo.

IV. CONCLUSIÓN. DEMANDAS COMUNES SOBRE UN DESARROLLO ÉTICO DEL CONOCIMIENTO SOCIOLOGICO, DE SU ACCESO Y DE SU USO

A los y las jóvenes sociólogas nos gustaría profundizar en una discusión amplia sobre estos temas, que abarque la diversidad de situaciones profesionales y sea representativa y participativa. Y sobre todo, que salga del ámbito de las publicaciones académicas para pasar a la *praxis* (incluyendo claro está la de la propia Universidad). La propuesta que sugiero en los siguientes párrafos contempla las preocupaciones que han surgido a lo largo de las entrevistas y que se agrupan en torno a tres bloques de debate:

1) Sobre la producción de conocimiento: socialmente útil y partiendo de un enfoque crítico; reconociendo la diversidad; reivindicando la especificidad de la formación en Sociología; enfatizando el carácter preventivo del conocimiento sociológico, y por tanto la existencia de temáticas clave de responsabilidad institucional (integración social, bienestar, participación...); en condiciones no precarias; con perspectiva de género, con rigurosidad científica; y donde se de un tratamiento adecuado a las personas protagonistas, tomando en consideración sus auto-designaciones, y garantizando procedimientos para el uso de la información, y garantizando los procesos de devolución a los actores/sujetos.

2) Sobre el acceso a los resultados: comprometiéndonos en la divulgación de cara a la democratización del conocimiento, facilitando el acceso al conocimiento social de forma comprensible y con alcance. Favoreciendo la difusión profesional: desarrollando nuevos instrumentos de difusión e intercambio, dando especial importancia a la disponibilidad *on line* que tan escasa es en nuestro país. Dando lugar a un compromiso sobre la libre difusión del conocimiento y rechazando el acceso de pago. Sensibilizando sobre el «copyleft» frente al «copyright», enfatizando que la privatización del conocimiento es una barrera al componente transformador de la Sociología.

3) Sobre el uso de los resultados: partimos de que para lograr un conocimiento socialmente útil éste debe ser primero socialmente accesible. Por ello es necesario una divulgación respecto a los métodos que empleamos, y sus criterios (validez, fiabilidad, confianza...), y alcance real de los resultados. También hay que promover en este apartado un debate y una sensibilización sobre la responsabilidad en el uso institucional y en la política del conocimiento.

Dar respuesta a estos tres ejes, constituye para nosotras y nosotros los retos iniciales de la Sociología, al menos al principio del siglo XXI. Aunque es evidente que en su mayoría ya están abiertos, y son temas que compartimos inter-generacionalmente pues algunos nacen con la Sociología misma, consideramos que como jóvenes estamos más afectados por la mayoría de ellos. Para nuestra generación, representan poder pasar de la Sociología precaria y clandestina, a la Sociología crítica y transformadora que queremos hacer. Lo cual no significa, que no acudamos a quienes nos preceden, en busca de sus aportes, por ejemplo para cerrar reflexiones: «Reforzar la autonomía de la Sociología mediante el autocontrol sociológico de sí misma» J-C. Passeron, ¿o es continuarlas?